

JUSTICIA Y MISERICORDIA: PINCELADAS FILOSÓFICAS A LA LUZ DE ALGUNOS TEXTOS DE SANTO TOMÁS DE AQUINO Y EDITH STEIN

*Señor y Dios nuestro, en Quien Misericordia y Justicia son una misma cosa,
enséñame a amar y respetar tu Justicia
y a acogerme a tu Misericordia cada vez que te falle,
segura de que siempre me esperas para darme tu Perdón y acogerme en tu Amor.
Amén.*

Introducción:

La Misericordia es un regalo de la bondad de Dios para que aceptemos su Justicia, que es una expresión de su Sabiduría. Dicho en palabras de Santo Tomás de Aquino: “*La Justicia de Dios es el orden en las cosas, adecuado a su Sabiduría.*”¹ Y también: “*La Misericordia no anula la Justicia, sino que es como la plenitud de la Justicia.*”²

La reflexión filosófica se detuvo en la contemplación de lo que es justo y estableció la medida de la relación correcta entre los hombres. En Filosofía se destaca la centralidad de la justicia en el organismo moral, es la virtud humana por excelencia que perfecciona la voluntad, la torna firme y constante en el querer del bien para reconocer y otorgar a cada uno lo que le corresponde.

Nuestra propuesta de trabajo tiene como eje central el tema “Justicia y Misericordia”. Nuestros textos rectores serán la Cuestión 21 de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino y el texto de la conferencia *El Misterio de la Navidad* de Edith Stein, Santa Teresa Benedicta de la Cruz. El análisis del tema en ambos autores revela que el mismo se trata de modo coherente, profundo, a la luz del Magisterio de la Iglesia y de las enseñanzas de Jesús, Maestro, Modelo y Centro de Vida de nuestros santos autores.

¹ *Summa Theologiae* I, 21, 2

² *Summa Theologiae* I, 21, 3

1. **Jesús: El Rostro Visible de la Justicia y la Misericordia del Padre del Cielo**

El Misterio de la Navidad, es el texto de una de las conferencias de Edith Stein. La impartió en la Ciudad de Ludwigshafen a los miembros de la Asociación Católica Universitaria, el 13 de enero de 1931. Edith Stein divide su escrito en 4 partes muy sencillas:

1. Nos explica el sentido del Adviento y de la Navidad tal como se va expresando en la Liturgia.
2. Nos habla de todos los que han seguido a Cristo, especialmente de aquellos cuyas fiestas se celebran en torno a la Navidad: Por ejemplo: San Esteban y los Santos Inocentes.
3. Reflexiona sobre lo que significa seguir la estrella que nos lleva ante el Niño, a saber, a ser uno con Dios, a crear comunidad con todos los hombres en Dios y a estar dispuestos a hacer la voluntad de Dios.
4. Nos plantea los medios que Dios ha puesto a nuestro alcance para poder vivir continuamente en esa dinámica de la Navidad: Oración y Eucaristía.

Nos dice la santa autora: *Una fiesta de amor y de alegría, un dejarnos conducir hasta el pesebre donde se encuentra el Niño que trae la paz a la tierra.*³ No se trata exclusivamente de un hermoso sentimiento, sino ante todo de un abrir los ojos frente a los valores fundamentales de la vida: el amor, la alegría y la paz. Seguramente todo hombre anheló eso para su vida. El problema surge cuando la persona está desorientada y no sabe realmente lo que significa eso, o cuando se deja cegar por su egoísmo. El Misterio de la Navidad, nos recuerda, lo que da sentido a nuestra vida, a la existencia de todo ser humano. Para nosotros estos conceptos tienen un rostro justo y misericordioso: aparecen encarnados en el Rostro del Niño Dios.

La historia de la Humanidad, nuestra propia historia de vida, nos dicen cuán difícil o incluso utópico resulta todo esto. Pero eso no es nada nuevo. Toda la Historia de la Salvación, que precede a la llegada del Mesías, es una escuela para la Humanidad. El pasar de los siglos ha ido mostrando la incapacidad del hombre para alcanzar todo esto por sus propias manos. Con razón anhelaban los profetas y todo el pueblo la venida del Mesías; con razón exaltaban ese día como el más grande de la Historia de la Humanidad; con razón suspiraban por un corazón nuevo y un espíritu nuevo.⁴

³ STEIN, Edith. *El Misterio de la Navidad*. En su: *Obras Completas*, V. Escritos Espirituales. Vitoria- Madrid-Burgos. El Carmen- Espiritualidad- Monte Carmelo. 2007. p. 376.

⁴ Los cánticos de la *Hagadá* de *Pésaj* de nuestros hermanos judíos revelan el deseo de la Venida del Mesías.

Es ahora cuando decididamente emerge el auténtico significado de lo que es la Navidad: Cristo ha venido para unirse a nosotros, para que toda la Humanidad sea una en Dios. Pero el camino es el de cumplir con su voluntad. Nos dice Edith Stein: *“Dios se hizo Hijo del hombre para que todos los hombres llegaran a ser hijos de Dios.”*⁵ Nuestra santa autora subraya cómo la encarnación de Jesús pone en evidencia el destino de toda la Humanidad: todos somos uno, somos seres solidarios; el dolor de uno es mi dolor porque es mi hermano. Cristo no sólo nos ha redimido del pecado, sino que nos vuelve a dar la buena noticia de que todos los hombres son hermanos, porque todos son hijos de Dios.

También el Misterio de la Navidad nos revela el modo sencillo de obrar de Dios: todo en torno a Jesús acontece casi en el más estricto de los silencios y de la simplicidad. Sí, Dios se hace presente, pero no quiere coartar a nadie con su potencia. Él viene a pedir simplemente el obsequio del hombre libre que quiera amarlo, que quiera acoger en su corazón el Reino de Dios. Resulta iluminadora esta afirmación de Edith Stein:

*“Todos los que pertenecían al Señor llevaban de un modo invisible el Reino de Dios dentro de sí. La carga terrestre no les fue quitada, incluso se les añadió algo más, pero lo que en sí encerraba era una fuerza alentadora que hacía el yugo suave y la carga ligera. Lo mismo ocurre hoy en día con todo hijo de Dios. La vida divina que se enciende en el alma es la luz que surge en las tinieblas, el milagro de la Nochebuena. El que la lleva consigo comprende lo que se dice de ella. Para los otros, sin embargo, todo lo que se dice de ella es un balbuceo ininteligible.”*⁶

El otro gran mensaje de la Navidad es que todos somos hermanos, que el Niño Dios nos invita a vivir de esta manera el espíritu navideño, como el único camino que realmente puede transformar la Humanidad:

“Si Dios es Amor y vive en cada uno de nosotros, no puede suceder de otra manera, sino que nos amemos con amor de hermanos. Por eso precisamente es nuestro amor al prójimo la medida de nuestro amor a Dios.”

⁵ STEIN, Edith. *El Misterio de la Navidad*. En su: *Obras Completas*, V. Escritos Espirituales. Vitoria- Madrid-Burgos. El Carmen- Espiritualidad- Monte Carmelo. 2007. p. 381.

⁶ *Ibidem* ant. p. 382.

Este último es, sin embargo, distinto al amor natural que tenemos por los hombres.”⁷

Pero conviene aclarar quien es nuestro prójimo. Nuestro Prójimo es todo aquel que en cada momento está delante de nosotros.⁸ Sabemos que el Amor de Cristo no conoce fronteras, no se acaba nunca y no se echa atrás frente a la suciedad y la miseria. Cristo ha venido para los pecadores y si el amor de Cristo vive en nosotros, entonces obraremos como El obró, e iremos en busca de las ovejas perdidas. Pero no es fácil lo que nos propone el Niño Jesús. Nos resulta mucho más fácil observar una infinidad de normas, cumplir con unos preceptos, dedicarnos a muchas prácticas de devoción. Pero amar al prójimo resulta difícil. La única vía posible es que ahondemos cada vez más en el amor de Dios, que descubramos hasta qué punto Dios me ama.

La dinámica que nos propone Edith Stein, desde el ejemplo de Jesús y María, es el de hacer de la voluntad de Dios nuestra única voluntad. Los párrafos de Edith Stein son de una riqueza inmensa, aún en su brevedad. Nos dice la santa autora:

“Ser hijo de Dios significa: caminar siempre de la mano de Dios, hacer su voluntad y no la propia, poner todas nuestras esperanzas y preocupaciones en las manos de Dios y confiarle también nuestro futuro. Sobre estas bases descansan la libertad y la alegría de los hijos de Dios. ¡Qué pocos, aún de entre los verdaderamente piadosos y dispuestos al sacrificio heroico, poseen este don precioso! Muchos de ellos marchan por la vida encorvados bajo el peso de sus preocupaciones y deberes.”⁹

Se trata de una invitación a la confianza en Dios, al abandono, a aprender a vivir en sus manos. Es la dinámica de vida del hijo que confía plenamente en su Padre. ¿Acaso, no nos muestra la Navidad el rostro de un Padre amoroso, cercano, justo y misericordioso? En la obra *Ser Finito, Ser Eterno* y pese a su conciencia de fragilidad Edith Stein escribía:

⁷ STEIN, Edith. *El Misterio de la Navidad*. En su: *Obras Completas*, V. Escritos Espirituales. Vitoria- Madrid-Burgos. El Carmen- Espiritualidad- Monte Carmelo. 2007. p. 381.

⁸ Emmanuel Lévinas en su obra *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*; escrito en los años 70, escribe acerca del Rostro del Otro. El Rostro del Otro no es un concepto, un ideal o un símbolo, sino la presencia concreta y activa del otro que es hombre. LÉVINAS, Emmanuel. *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 2012.

⁹ STEIN, Edith. *El Misterio de la Navidad*. En su: *Obras Completas*, V. Escritos Espirituales. Vitoria- Madrid-Burgos. El Carmen- Espiritualidad- Monte Carmelo. 2007. p. 384.

“ (...) Yo me sé sostenido y este sostén me da tranquilidad y seguridad, ciertamente no es la confianza segura de sí misma del hombre que con sus propias fuerzas pisa la tierra firme, sino por la dulce y feliz certeza del niño que es llevado por un brazo más fuerte, una certeza, hablando realísticamente, que no es menos racional. ¿Sería razonable el niño que viviera constantemente en la angustia de que su madre lo dejara caer?”¹⁰

En la última parte de la conferencia Edith Stein ofrece dos caminos que pueden ayudarnos a vivir, descubrir y comprometer nuestra vida con cuanto la Navidad significa. En la Eucaristía y en la Oración nos encontramos cara a cara con el Niño Dios, con su Palabra, con su Persona. Él nos sostiene y da la certeza interior de que podemos vivir según su Voluntad.

2. “El Señor es justo y ama las justicias”: La propuesta del Doctor Angélico

En el cuerpo de la argumentación de la Cuestión 21, el Santo Doctor Angélico responde distinguiendo dos clases o tipos de justicia, a saber, una justicia conmutativa y una justicia distributiva. La primera consiste en el mutuo dar y recibir; dar el valor de lo que vale. Esta justicia no le corresponde a Dios. Por su parte, la justicia distributiva consiste en el dar a cada quien lo que le corresponde según su dignidad. Esta justicia sí le corresponde a Dios.

La justicia distributiva implica una obligación de distribuir los bienes proporcionalmente de acuerdo a la contribución de cada persona. Gobierna la relación entre la comunidad como un todo, supervisada por el Estado en su jurisdicción, y cada persona individual en la comunidad. Por su parte, la justicia conmutativa gobierna las relaciones entre las personas. Depende de la igualdad básica de las partes de un acuerdo.

La justicia distributiva y la justicia conmutativa son, entonces, dos especies distintas de justicia que se aplican en instancias particulares. La justicia distributiva es posible sólo sobre la base de la justicia conmutativa. Por lo que se asegura que la justicia conmutativa es no sólo fundamental, sino anterior a la justicia distributiva.

El concepto de justicia que Santo Tomás de Aquino desarrolla, tiene origen en Platón, para quien todas las virtudes se basan en la justicia; y, a su vez, la justicia se basa en la Idea del Bien. La filosofía moral del Doctor Angélico es, básicamente, la ética aristotélica de la virtud, es

¹⁰ STEIN, Edith. *Ser finito y Ser Eterno*. En su: *Obras Completas, III*. Vitoria, Madrid, Burgos. El Carmen, Espiritualidad, Monte Carmelo. 2007. p. 667.

decir, un conocimiento práctico de la buena conducta que lleva a hábitos beneficiosos para la persona y para aquellos que la rodean. Para Aristóteles, la virtud es un hábito y lo aprendemos de la experiencia.

Por su parte, Dios infunde en el alma, sin ningún mérito nuestro, las virtudes, que son disposiciones habituales y firmes para hacer el bien. Las virtudes¹¹ infusas son teologales y morales. Las teologales tienen como objeto a Dios, las morales tienen como objeto los actos humanos buenos. Las virtudes teologales son tres, a saber, fe, esperanza y caridad, mientras que las morales o cardinales son cuatro, a saber, prudencia, justicia, templanza y fortaleza. La justicia es la virtud moral que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que le es debido.

En la *Summa Theologiae*, Santo Tomás define la justicia como “*el hábito por el cual el hombre le da a cada uno lo que le es propio mediante una voluntad constante y perpetua.*”¹² Clasifica a la justicia como una de las cuatro virtudes cardinales, junto con la templanza, la prudencia y la fortaleza; y distingue el sentido general y particular de la justicia.

La justicia en un sentido general, es la virtud por la cual una persona dirige sus acciones hacia el bien común. Cada virtud, explica Santo Tomás, “dirige su acto hacia el mismo fin de esa virtud”. La justicia es “distinta de cada una de las otras virtudes” porque dirige todas las virtudes del bien común.”¹³ La justicia apunta a la rectitud de la voluntad por su propio bien en nuestras interacciones con los demás. Por su parte, las demás virtudes son dirigidas hacia el bien del individuo actuante como un acto de auto-perfección como, por ejemplo, la prudencia.

La justicia siempre se dirige hacia el bien del otro, se dirige hacia el bien común de todos esos asuntos que conciernen a los individuos particulares.

Finalmente, podemos afirmar que la justicia es universal, aunque posee un papel fundamental en la articulación, codificación, adjudicación y cumplimiento de la ley; apuntando siempre hacia el bien común a través de las acciones de los individuos en comunión con los demás. En el ámbito de las instancias particulares, su dirección es hacia el estado final del bien

¹¹ La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien. Permite a la persona no solo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende al bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas.

¹² *Summa Theologiae* II-II, q.58, a.1

¹³ *Summa Theologiae* II-II, q.58, a.6

común; específicamente para la persona, una disposición hacia el bien cuyo fin primordial es el acto humano bueno.

Conclusiones:

“Brilla como luz en las tinieblas para los rectos de corazón; El comprende, es clemente y justo.”¹⁴

Modestamente hemos intentado acercarnos a la propuesta académica de la 41ª edición de la Semana Tomista. En el texto *El Misterio de la Navidad* de Edith Stein vimos como la Justicia y la Misericordia tienen un Rostro concreto: el Rostro del Niño Dios. Por su parte, en tiempos de crisis social y humanitaria, intentamos acercarnos al concepto de Justicia a la luz de las sentencias luminosas del Doctor Angélico.

Sostenemos que a pesar de las dificultades de orden social, cultural y religioso de hoy día observamos que en nuestro mundo es posible la experiencia de Dios. En este sentido, debemos preguntarnos si el hombre está dispuesto a dejarse encontrar por Dios. Para que este encuentro acontezca, apuntamos a estos puntos fundamentales: la contemplación de la vida de los hombres religiosos, el abandono del ego, la afirmación vitalista del mundo y la disponibilidad para la llamada de Dios.

Yohana Cortez

Bibliografía:

1. STEIN, Edith. *El Misterio de la Navidad*. En su: *Obras Completas, V. Escritos espirituales*. Etapa de pensamiento cristiano. Vitoria- Madrid- Burgos. El Carmen- Espiritualidad- Monte Carmelo. 2007.
2. TOMAS DE AQUINO, Santo. *Suma Teológica*. Cuarta Edición (Reimpresión). Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, (BAC), 2001. Tomo I.

¹⁴ Sal. 111, 4.